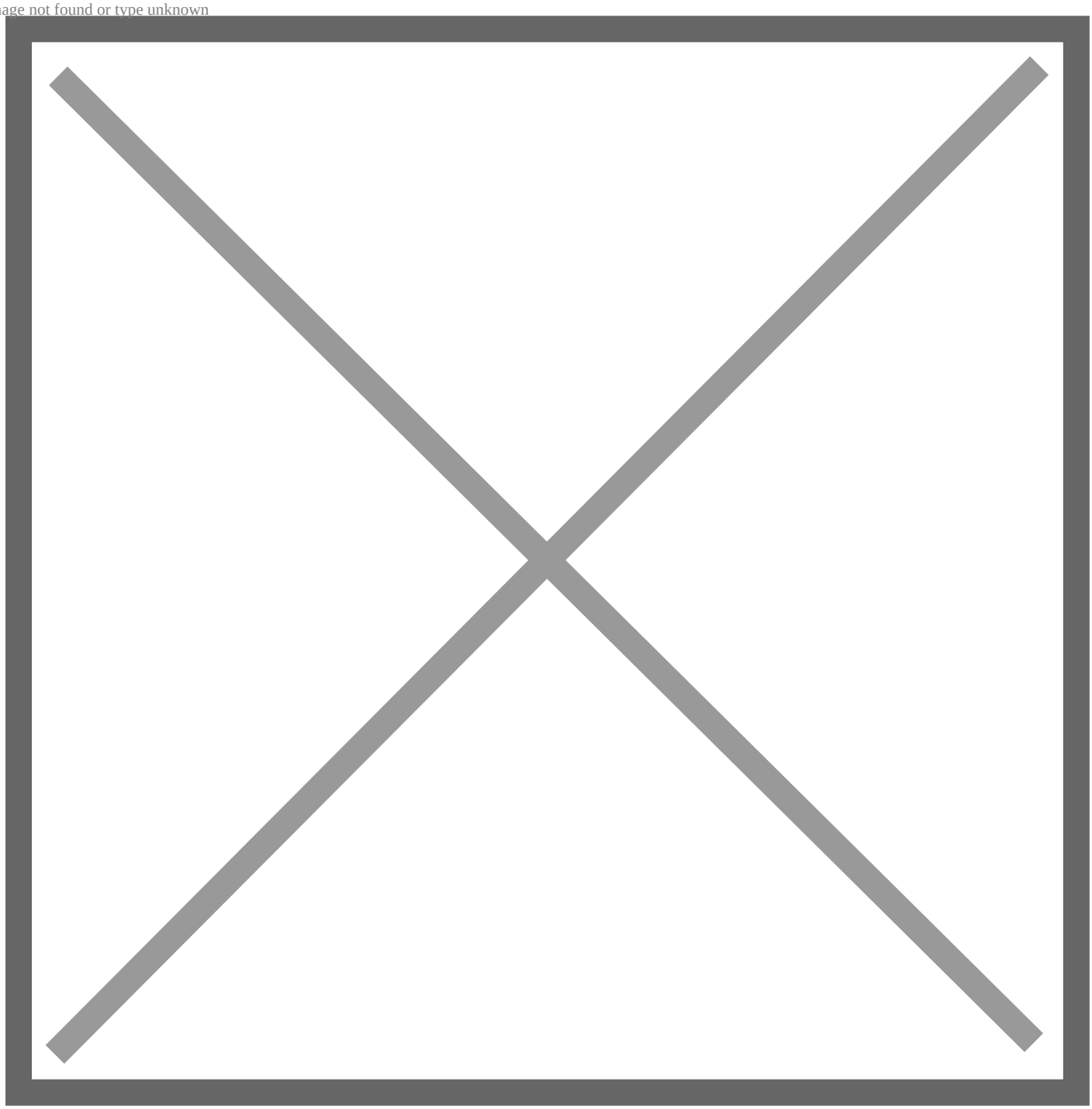
Image not found or type unknown



REFLEXIÓN

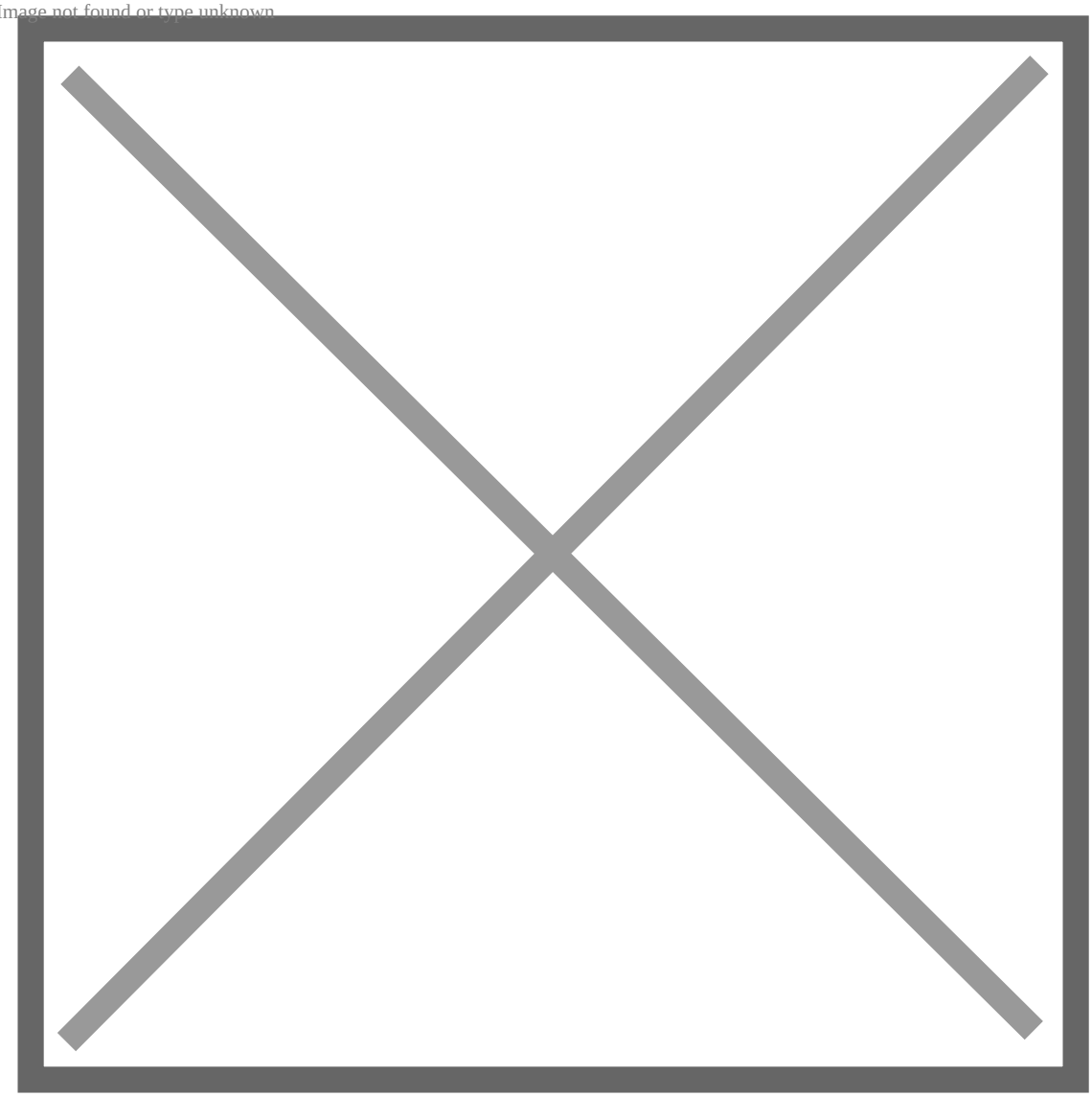
Quien salva a la Iglesia

ECCLESIA 20_07_2023

img
Image not found or type unknown

Image not found or type unknown

Luisella Scrosati



El nombramiento de Mons. Víctor M. Fernández como prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe fue definitivamente una bofetada del Papa a aquellos cardenales que intentaron evitar el colapso de la situación, oponiéndose a la asignación del cargo a Mons. Wilmer. Y fue un peso más sobre los hombros de quienes tratan de permanecer de pie en esta situación de gran sufrimiento de los católicos que tratan de ser fieles, a pesar de todo, a las enseñanzas de la Iglesia.

Cada paso hacia la catástrofe claramente exacerba el sufrimiento y magnifica la preocupación. ¿Qué haremos si Fernández deja pasar la bendición de las parejas homosexuales? ¿O si aboliera por completo la liturgia antigua? ¿O si convirtiera recomendable el celibato sacerdotal, pero ya no obligatorio? O si... así sucesivamente y así sucesivamente. Hipótesis que parecen de todo menos un espejismo y que, dada la dramática aceleración de esta última parte del presente pontificado, se advierten muy cercanas.

Ante los tiempos que realistamente se avecinan, la tentación de encontrar un refugio tranquilizador, a cualquier precio, es cada vez más fuerte. Se busca la posibilidad de continuar la propia vida sacramental, de encontrar un ambiente sereno y de fe para los propios hijos, de asegurar celebraciones litúrgicas dignas e incluso de salvar a la Iglesia de la deriva. El resultado es que, en menos de diez años, miles y miles de fieles han decidido incorporarse a comunidades cismáticas, que a sus ojos representan un refugio en la tormenta actual, un ambiente a salvo de las persecuciones que claramente provienen de esa autoridad que debería custodiar y promover la fe, pero que en cambio parece hacer todo lo posible por disiparla y destruirla.

La solución puede tener su propia lógica humanamente comprensible, tanto en la línea del "modo supervivencia" como en la de intentar "salvar a la Iglesia". El verdadero problema de los cristianos de todos los tiempos, sin embargo, es la dificultad de entrar en la lógica de la cruz, de creer que la muerte no es el fin, sino la condición de una nueva fecundidad.

«La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección. El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal que hará descender desde el Cielo a su Esposa». Lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica, en el n. 677. La Iglesia está llamada a seguir a su Señor y Esposo crucificado. Esta afirmación, que puede parecer obvia, tiene consecuencias muy importantes y concretas.

Los discípulos, Pedro a la cabeza, no lo abandonaron por miedo. El que tiene miedo no se mete a tirar un cedente matar a la guardia del Sumo Sacerdote, que ha venido a arrestar al Maestro. Lo que desconcierta a Pedro, y que en cierto modo le resta fuerza combativa, lo decepciona, es el reproche del Señor: ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?

(Mateo 26, 53-54). A sus ojos, Jesús no quiere hacer nada para salvar su misión, para salvar a la Iglesia naciente, para salvar a sus seguidores.

Menos aún se desprende de los Evangelios que Jesús reproche a sus seguidores el no haber tomado medidas para defenderlo, para evitar su captura y muerte. Al contrario, ordena a Pedro que vuelva a envainar la espada (cf. Juan 18,11), tal como le había reprochado antes cuando Pedro había tenido a bien dar lecciones de sentido común al Señor, cuando hablaba de su Pasión y Muerte: «Pedro, apartándolo, comenzó a reprocharle, diciendo: "Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca" (Mateo 16,22). Conocemos la dura y firme respuesta del Señor.

En la hora de su Pasión, Jesús parece no querer hacer nada, ni siquiera salvar las almas de los que querrían o podrían creer en Él. "A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él" (Mateo 27,42). ¿No vino el Hijo de Dios para que los hombres creyeran en él y, creyendo, tuvieran vida eterna? Pero entonces, ¿por qué no lleva a cabo el gran acto que fortalecería la fe de muchos, sus discípulos en primer lugar? Los escribas y los ancianos le reprochan incluso que sería precisamente el signo de Cristo ser liberado por Dios: "Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere" (Mateo 27,43, citando a Sb 2,18).

En cambio, el Señor pidió a los discípulos una sola cosa: velar y orar para no caer en tentación (cf. Mateo 26,41). Los discípulos sabían que Jesús resucitaría, que la muerte no sería la última palabra: el Señor se los había dicho tres veces; sabían también que el grano de trigo tenía que morir para dar fruto (cf. Juan 12,24). Pero la tentación de razonar y actuar de manera puramente humana, aunque sea para el propósito más noble imaginable - ¡salvar al Señor, salvar a la Iglesia naciente! □ se había apoderado, porque no habían velado ni orado.

«La Iglesia seguirá a su Señor...». ¿Entonces qué hay que hacer? Velad y orad, para no caer en la tentación: para tener la fuerza de permanecer quietos, mientras todo se disuelve; para continuar creyendo que la Iglesia es una institución divina y ciertamente no se disminuirá debido a las maquinaciones de los hombres, por poderosas que sean; para evitar soluciones aparentemente eficaces, pero que nos llevan a actuar en contra de lo que Dios ha establecido para su Iglesia.

Si "la Iglesia sigue a su Señor" en la Pasión, entonces su muerte no será aparente, sino real. A nuestros ojos todo parecerá verdaderamente perdido, como a los ojos de los discípulos, que han visto a su Maestro realmente muerto, colocado en una tumba,

con incluso un sello, que declaraba el "*game over*" definitivo. Veremos -ya lo estamos viendo- que Pilatos, Caifás y Herodes encontrarán un mezquino entendimiento para deshacerse de los justos; veremos juicios falsos, dominados por la mentira, para acusar a los que están en la verdad, mientras que Barrabás será puesto en libertad; conoceremos la más terrible soledad, provocada por el abandono, la incomprensión y hasta la traición de amigos y familiares; lloraremos mientras los demás se alegran (cf. Juan 16,10); nos echarán mano (cf. Lucas 21,12), arrastrándonos ante los poderes civiles y religiosos.

Si de todo esto tratamos de escapar cediendo o, más sutilmente, refugiándonos en una "iglesia" que nos garantice tranquilidad, Misa y catecismo "de siempre", pero en una Iglesia que, en la teoría o en la práctica, escape a la autoridad de Pedro, entonces estaremos en la lógica de querer salvar nosotros mismos a la Iglesia, como los discípulos pretendían salvar al Señor, y de querer salvarnos a nosotros mismos, pero no como el Señor quería.

Sólo Santa María puede obtenernos la gracia de permanecer con Ella, de pie, fuertes, bajo la Cruz, sin ceder ni un milímetro, creyendo que, en Cristo, la muerte es vida, la cruz es triunfo, justo cuando todo parece decir lo contrario. Y creer que la Iglesia no puede fallar, que las puertas del infierno no prevalecerán (cf. Mateo 16,18), porque la Iglesia es de Cristo. Por eso no tenemos que salvar a la Iglesia, sino que es la Iglesia la que nos salva. Y la Iglesia es una. Por eso, a pesar de todo, permanecemos en la Iglesia, aceptando morir también con ella: "Vamos también nosotros, para que muramos con él" (Juan 11, 16).